



Las mujeres rurales jóvenes en El Salvador

Autores:

Ileana Gómez
Rafael E. Cartagena
Norys Ramírez
Xenia Ortiz

Diagramación: Leonor González



Esta publicación está liberada bajo la licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir Obras Derivadas Igual. Para mayor información: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>

© Fundación PRISMA 2013

Este documento reúne los resultados de la investigación desarrollada por la Fundación PRISMA en el marco del Programa Nuevas Trenzas – Mujeres Rurales Jóvenes de Latinoamérica del Siglo XXI.

Esta iniciativa se ejecuta en seis países del Caribe, Centroamérica y América del Sur, bajo la coordinación del Instituto de Estudios Peruanos y con el apoyo financiero de la División de Latino América y el Caribe del Fondo Internacional de las Naciones Unidas para el Desarrollo Agrario (FIDA).

Las mujeres rurales jóvenes

en **El Salvador**

Ileana Gómez, Rafael E. Cartagena, Norys Ramírez y Xenia Ortiz

Contenido

Siglas	1
Resumen Ejecutivo	2
Introducción	3
Metodología y Marco Conceptual	6
Las mujeres rurales jóvenes de El Salvador:	6
Quiénes son las mujeres rurales jóvenes en El Salvador: un perfil general	7
Las dinámicas transformadoras en los territorios rurales	9
Principales hallazgos	18
Evolución de las brechas de desigualdad	23
Retos y perspectiva de futuro	25
Conclusiones	27
Referencias	

Siglas

IEP	Instituto de Estudios Peruanos
EHPM	Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples
DIGESTYC	Dirección General de Estadísticas y Censos
PIB	Producto Interno Bruto
GOES	Gobierno de El Salvador
FESAL	Encuesta Nacional de Salud Familiar
CRIPDES	Asociación para el Desarrollo de El Salvador
PEA	Población Económicamente Activa
CENTA	Centro Nacional de Tecnología Agropecuaria
MOPAO	Movimiento por la Agricultura Orgánica
ADESCO	Asociaciones de Desarrollo Local
FIDA	Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola

Resumen ejecutivo

Este documento presenta el perfil de las mujeres rurales jóvenes de El Salvador con edades entre los 14 y 35 años cumplidos, las cuales representan 19.1% de la población rural y 7.2% de la población nacional. Combinando metodologías cualitativas y cuantitativas se revelan una serie de hallazgos como la valorización del mundo rural, en términos de relaciones comunitarias y arraigo con la tierra; la importancia de la autodeterminación y el contar con ingresos propios para avanzar a una mayor equidad en las relaciones familiares y de pareja; un mayor nivel educativo que sus madres; aspiraciones de superación personal que chocan con opciones laborales y de ingreso limitadas y mayormente no vinculadas a la producción agrícola; y un estilo de liderazgo más explícito y público en algunos territorios.

Las restricciones más importantes se vinculan a la brecha geográfica entre lo rural y lo urbano que limita el acceso a servicios básicos como agua potable, electricidad, vivienda y acceso a tecnologías de comunicación. La posibilidad de completar los ciclos de educación media y superior es aun restringida y buena parte de ellas deja de estudiar alrededor de los 20 años.

El estudio enfatiza que este perfil de la mujer rural joven está vinculado a los cambios económicos que ha tenido El Salvador desde la posguerra en 1992, que se expresan en un menor peso de las actividades agrícolas en la dinámica productiva nacional, y al mismo tiempo revelan los vacíos de las políticas estatales para la población y los territorios rurales.

Introducción

El estudio forma parte de una investigación desarrollada en seis países del Caribe, Centroamérica y América del Sur, bajo la coordinación del Instituto de Estudios Peruanos. Dicha investigación se realiza en el marco del Programa Nuevas Trenzas – Mujeres Rurales Jóvenes de Latinoamérica del Siglo XXI, con el apoyo financiero de la División de Latino América y el Caribe del Fondo Internacional de las Naciones Unidas para el Desarrollo Agrario (FIDA). Este esfuerzo ha tenido por objetivo reunir evidencia sólida acerca del nuevo perfil de las mujeres rurales jóvenes.

Metodología y marco conceptual

El colectivo de interés para el estudio son las mujeres del área rural cuyas edades oscilan entre 14 y 35 años cumplidos. Del estudio de este colectivo se pretende conocer tres temas principales: (i) estrategias de vida; (ii) participación en procesos de toma de decisiones a nivel micro (dentro del hogar), a nivel meso (comunidad) y macro (participación en política); y, (iii) actitudes y aspiraciones. El enfoque en estas cuestiones responde a una preocupación en torno a la “competencia práctica” de las mujeres rurales jóvenes. Dicho concepto hace referencia a la “capacidad de hacer”, es decir, a la capacidad de los individuos para interactuar en

el medio social en el que se mueven y así avanzar en el logro de sus objetivos personales y colectivos.

En el presente caso, el colectivo de las mujeres rurales jóvenes está marcado por la existencia de diferentes brechas o “desigualdades entrecruzadas” con respecto a otros colectivos. Estas desventajas comparativas se plasmarían en dificultades para desarrollar estrategias de vida autónomas, así como en la débil inserción de las mujeres rurales jóvenes en los procesos de toma de decisiones. Por otra parte, si bien el estudio no analiza directamente las relaciones de género, el enfoque de género resulta transversal, y ayuda a esclarecer las interrogantes sobre acceso a recursos, autopercepción, aspiraciones, uso del tiempo libre, etc.

La metodología contempla un acercamiento a estas cuestiones en dos etapas, una de recolección y análisis de información cuantitativa, y otra de tipo cualitativo. En la primera etapa se reunió información cuantitativa agregada sobre el colectivo de la mujer rural joven. Se trata de indicadores sobre los contextos y estrategias de vida de estas mujeres, sus fuentes de ingreso, vínculos con el Estado y acceso a la educación formal, a servicios públicos y a tecnologías de la información.

La definición de los indicadores a ser utilizados se basó, por una parte, en su pertinencia para las cuestiones ya indicadas y, por otra, en su disponibilidad y comparabilidad en los seis países donde se desarrolla el estudio. Las fuentes consultadas fueron el Censo de Población y Vivienda 2007 y la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples (EHPM), también del año 2007.¹

El análisis cuantitativo se enfocó en cuatro brechas:

- Brecha de género: separa a las mujeres rurales jóvenes de los hombres rurales de su misma generación.
- Brecha de lugar de residencia: separa a las mujeres rurales jóvenes de sus contemporáneas urbanas.
- Brecha de generación: separa a las mujeres rurales jóvenes de sus abuelas y madres rurales.
- Brecha de pobreza: dentro del grupo de mujeres rurales jóvenes, diferencia a aquellas que viven en un hogar en situación de pobreza de aquellas que viven en hogares no pobres.

El análisis de la brecha de pobreza presentó algunas limitaciones, pues la muestra para la Encuesta de Hogares no permite un nivel de desagregación suficiente para hacer cruces de variables con suficiente confianza; por ejemplo, construir rangos de edad que estén a su vez desagregados por situación conyugal y nivel de pobreza. Además, la muestra utilizada en la Encuesta de Hogares 2007 se construyó a partir de proyecciones derivadas del censo del año 1992, cuando no se contaba con los resultados del censo del año 2007.

¹ Se utilizó la información a nivel de microdatos en formato SPSS (bases de datos), recurriendo al paquete estadístico del mismo nombre para su análisis. Existe una Encuesta de Hogares más reciente (2010), pero no se contó con la base de datos (microdatos) correspondiente.

La segunda etapa del estudio fue de tipo cualitativo y se empleó la metodología de grupos focales y relatos de vida. En una primera fase se realizaron grupos focales en cinco lugares representativos de las diferentes zonas y contextos del país, con el objetivo de analizar el contexto rural con las percepciones y valoraciones de las mujeres jóvenes, como también de algunas de sus ascendentes.² Los propósitos específicos de los grupos focales fueron:

- Identificar los cambios en el perfil colectivo de las mujeres rurales jóvenes.
- Identificar las estrategias de medios de vida predominantes.
- Reconocer las expectativas de futuro.

Cada jornada se realizó con grupos de no más de 16 mujeres y se contabilizó un total de 56 participantes. La convocatoria se realizó en colaboración con instancias u organizaciones de base en cada lugar, esto determinó que la mayoría de las participantes fueran mujeres involucradas en diversos espacios de organización comunitaria y desarrollo local, en grupos de agricultoras o en grupos de mujeres.

La facilitación fue conducida por la investigadora cualitativa con la coordinadora de la investigación. Para guiar la discusión las responsables de la facilitación elaboraron un guión de temas a ser abordados en forma de preguntas que eran respondidas por las participantes usando técnicas de vaciado de información en papelones.³ Cada bloque de preguntas fue

² Estos lugares fueron: en la Zona Norte Chalatenango y Las Vueltas, en el departamento de Chalatenango; en la Zona Nor-oriental Jocoaitique, en Morazán; en la Zona Occidental Tacuba, en Ahuachapán; en la Zona Paracentral San Esteban Catarina; y, en la Zona Costera Tecoluca, en San Vicente.

³ Los temas incluidos fueron: familia y sexualidad, acceso a activos (financieros, recursos naturales), estrategias de residencialidad, prácticas de consumo, calendario de actividades, uso de tecnologías de información y participación política.

compartido en plenaria para facilitar el diálogo entre las mujeres. De acuerdo con las respuestas obtenidas, las facilitadoras del grupo focal formularon nuevas preguntas que permitían profundizar en los significados de temas para la mayoría del colectivo presente. Al final de cada jornada –de un promedio de tres horas– las mujeres respondieron una encuesta complementaria con ítems que sondearon aspectos a profundizar o complementar tanto en la investigación cualitativa como en la cuantitativa.

Esta primera etapa, al procesar la información, permitió reconocer los temas significativos para los grupos y la totalidad de los mismos. Estas ideas ayudaron a delimitar los temas de la se-

gunda fase, correspondiente a los relatos de vida de las mujeres rurales jóvenes que tuvieron participaciones destacadas en la primera fase y sus ascendientes. Se entrevistó en total a seis mujeres, entre madres e hijas. Los temas de los relatos de vida son los mismos de los grupos focales e incorporan aspectos relacionados a aspiraciones y experiencias organizativas de las abuelas y de la generación femenina (hijas) de las mujeres jóvenes. Se consideró que los relatos de vida dan mayor profundización en las razones de los temas identificados. Asimismo, se buscaba tener vínculos y continuidad entre los grupos focales y las historias, así como entre las fases, lo cual facilitaría, además, mayor consistencia en los resultados.

Las mujeres rurales jóvenes en El Salvador

Quiénes son las mujeres rurales jóvenes en El Salvador: un perfil general

Las mujeres rurales jóvenes con edades entre los 14 y 35 años cumplidos representan el 19.1 por ciento de la población rural y el 7.2 por ciento de la población nacional. Estas cifras se traducen en 410,801 personas, de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2007, que representan el 13.6 por ciento de todas las mujeres del país y el 37.3 por ciento de todas las mujeres rurales. De acuerdo con la EHPM del año 2007, el número de hogares con presencia de mujeres rurales jóvenes suma 311,024, es decir, el 50 por ciento de los 621,359 hogares rurales a nivel nacional.

Estos datos son relevantes pues muestran una presencia importante de las mujeres jóvenes en las zonas y hogares rurales, sobre todo si consideramos las tendencias sociodemográficas de El Salvador, cuyo perfil es el de un país con una población joven y mayoritariamente urbana. El Censo 2007 había contabilizado 5,744,113 habitantes, de los cuales casi el 68 por ciento – 3,894,213 de personas – contaba con menos de 35 años de edad. Por su parte, la población rural (2,145,277 de personas) corresponde al 37.3 por ciento de toda la población nacional, cifra que revela una sensible disminución en términos absolutos y relativos de la población rural

desde 1992, año en que se realizó el censo anterior, cuando la población rural representaba el 49.6 por ciento.

En concordancia con el proceso de urbanización, hay un menor peso demográfico de las mujeres rurales frente a las urbanas mostrado por los censos de 1992 y 2007; el grupo de mujeres rurales jóvenes con edades entre los 14 y 35 años cumplidos pasó de representar el 9.2 por ciento de la población nacional en 1992 al 7.2 por ciento. Sin embargo, el peso de las mujeres jóvenes dentro del conjunto de la población rural no se modificó sustancialmente entre un censo y otro, pues pasó de 18.7 por ciento a 19.1 por ciento, y su participación en el conjunto de las mujeres rurales tampoco presenta modificación, pues apenas pasó de 37.2 por ciento a 37.3 por ciento. Por otra parte, la tasa de feminidad (mujeres/hombres) de la población rural joven aumentó entre 1992 y 2007, al pasar 1.05 a 1.09, lo que indica que en el periodo de posguerra las zonas rurales han expulsado más hombres que mujeres.

La disminución de la población rural se puede atribuir, en parte, a un cambio en la definición oficial de las zonas consideradas urbanas. En el censo del año 1992 se consideraba población urbana solamente aquella que vivía en el “casco urbano” de los municipios, entendido como tal el asentamiento del gobierno municipal. En el Censo del 2007 se incorporó a las zonas urbanas

aquellas áreas con un mínimo de quinientas viviendas agrupadas continuamente y que cuentan con “servicio de alumbrado público, centro educativo a nivel de educación básica, servicio regular de transporte, calles pavimentadas, adoquinadas o empedradas y servicio de teléfono público” (DIGESTYC 2008).

En los últimos veinte años El Salvador ha experimentado importantes cambios económicos y sociales que pueden explicar esta nueva clasificación. Con la firma de los Acuerdos de Paz de 1992, se realizó en el país una importante inversión en infraestructura, que dotó a muchos asentamientos con el tipo de servicios que les confiere cualidad “urbana”. Además, como veremos más adelante, se han producido importantes transformaciones económicas que han incidido en un mayor peso de las actividades productivas en las zonas urbanas. Como resultado de estos cambios, menos del 50 por ciento de la población de El Salvador población habita en zonas rurales.

Las dinámicas transformadoras en los territorios rurales

En los territorios rurales de El Salvador y de Centroamérica en general se expresan nuevas dinámicas relacionadas con transformaciones económicas y sociales. Entre 1978 y 2006 se dio un cambio radical en la fuente principal de divisas en Centroamérica, desde la agroexportación tradicional a una mayor diversificación de actividades que incluyen la maquila industrial, el turismo, las exportaciones agrícolas no tradicionales, otras exportaciones de bienes y servicios, y las remesas. El Estado, por su parte, ha apostado por grandes inversiones en infraestructura, base para la facilitación de nuevos ejes de acumulación, tal como ocurre con el turismo, las actividades extractivas y los agrocombustibles. Un factor de preocupación creciente es la presencia generalizada de actividades ilícitas en la región, tales como el tráfico de especies, per-

sonas y drogas, agudizando situaciones de violencia (Cuéllar et al. 2011).

En el caso de El Salvador los cambios se expresan en la disminución sustantiva de la importancia del sector agroexportador basado en los cultivos de caña, café y algodón, que formó la base de la economía nacional hasta la década de 1980. El peso de la agroexportación tradicional del total de divisas generadas bajó del 67 por ciento en 1978 a un mínimo de 4 por ciento en 2006, en contraste con las remesas y el turismo que aportaron un 55 por ciento y un 13 por ciento, respectivamente. Hubo una reducción de todas las superficies dedicadas a todos los tipos de cultivos incluyendo los granos básicos desde 1992. Con el peso del sector agrícola tan reducido, El Salvador se ha convertido en un país sumamente dependiente de las exportaciones agroalimentarias (Rosa 2008).

La economía salvadoreña está dominada por el sector servicios,⁴ que constituye el 60 por ciento del PIB, mientras la manufactura el 25 por ciento y la agricultura el 12 por ciento; por su parte, las remesas anuales procedentes en su mayoría de Estados Unidos son equivalentes al 17 por ciento del PIB (USG- GOES 2011). Según el Banco Mundial (2011), en el año 2010 El Salvador entró en la lista de los diez países a nivel mundial con mayor proporción de emigrantes. El mismo informe indica que para el año 2009 El Salvador se clasificó como uno de los principales países receptores de remesas a nivel mundial. Asimismo, el principal destino de los emigrantes salvadoreños es Norteamérica. Así lo confirman los datos del Censo de Población y Vivienda 2007 que señalan que de cada 100 personas que abandonaron el país hasta el 2007, 96 de ellas migraron a Norteamérica.

⁴ Los principales componentes del sector servicios son: (a) comercio, restaurantes y hoteles (32.8 por ciento del total de servicios en 2010); (b) transporte, almacenaje y comunicaciones (15.6 por ciento); y, (c) arrendamiento residencial (13.2 por ciento) (USG-GOES 2011).

Estos cambios económicos inciden fuertemente en los medios de vida de la población rural. La crisis del sector agroexportador significó un colapso en los medios de vida rurales por la caída del empleo y los salarios agrícolas, acompañado por la caída de los precios reales de los cultivos de subsistencia. Ante esta situación, la migración al exterior, las remesas, el empleo en maquilas y el empleo rural no agrícola constituyen una variedad de alternativas de generación de ingresos en las zonas rurales.

Para contrarrestar la falta de una política para el desarrollo del agro y de los territorios rurales han surgido una serie de proyectos de desarrollo rural para el fortalecimiento productivo y la mejora de infraestructura básica y vial. Las transferencias condicionadas bajo el programa Red Solidaria, actualmente llamado Comunidades Solidarias Rurales, constituye el principal aporte de recursos para el combate de la pobreza rural en los municipios con mayores niveles de pobreza.

La historia política del país también incide en las respuestas locales a la crisis económica, en los territorios con mayor organización política y alta participación en el desarrollo local, los actores han creado diversas estrategias orientadas a fortalecer el desarrollo humano, garantizar la seguridad alimentaria y desarrollar pequeños proyectos de generación de ingresos con resultados muy puntuales o de corto plazo (Gómez y Cartagena 2010). En otros casos han predominado las relaciones clientelares desde el municipio, algunos proyectos de cooperación o el

Estado hacia los pobladores, los cuales mantienen una arraigada cultura de asistencialismo, que se reproduce en la implementación de diversas iniciativas en pro del desarrollo más vinculadas con la distribución de bienes, pero que no se traducen en respuestas de largo plazo a la crisis de los medios de vida rurales.

Desde el 2009 se han definido nuevas estrategias de política pública que han buscado, en un primer momento, lidiar con la crisis económica y proteger a la población vulnerable, y en segunda instancia, diseñar instrumentos de política para las transformaciones de índole productiva y sectorial (GOES 2012). El Plan Quinquenal de Desarrollo 2010-2014 resume estas orientaciones; por un lado, establece la creación del Sistema de Protección Social Universal como medida redistributiva y, por otro, define las estrategias para el desarrollo productivo, el desarrollo territorial, la reducción de riesgos y la restauración de ecosistemas, que implican una mayor participación de los actores territoriales y sectoriales con diversas instancias públicas.

Entre los énfasis del Plan Quinquenal están la juventud y género. La Política Nacional de Juventud 2011-2024 está orientada al desarrollo de los procesos de construcción de identidad y autonomía, integración social, participación ciudadana y fomento de la cohesión social, y el sentido de pertenencia de las nuevas generaciones, como estrategia para incorporar activamente a los jóvenes en el proceso de desarrollo.

Principales hallazgos

Las mujeres rurales jóvenes expresan los fuertes cambios en la ruralidad de El Salvador. Se trata de un colectivo que muestra una notable evolución en su nivel de educación, sus aspiraciones y sus estrategias de participación en el desarrollo local. Las restricciones más importantes para este colectivo se vinculan al acceso a servicios básicos, educación media y superior, y tecnologías de la comunicación, así como a las opciones de ingreso y empleo en las zonas rurales.

Del estudio cualitativo y el cuantitativo surgieron varios hallazgos relacionados con su forma de vivir y enfrentar las limitaciones del mundo rural de acuerdo a las capacidades ganadas, pero también a las características del territorial rural en El Salvador:

Rescate del valor del mundo rural. El colectivo consultado en los grupos focales mostró una valorización del mundo rural a pesar de las restricciones que deben enfrentar para la mejora de sus medios de vida.

De hecho, El Salvador tiene las tasas más altas de feminidad en áreas rurales, siendo el país que expulsa menos población rural femenina entre los casos analizados (Asensio 2012). Aunque no hay información sobre los factores que inciden en este dato, se encontró entre las participantes de los grupos focales un amplio consenso sobre su gusto por vivir en su lugar actual de residencia. Los motivos expresados tienen que ver con los lazos de solidaridad y confianza comunitaria, la práctica de protegerse y

cuidarse entre vecinos, la belleza escénica y el contacto con la naturaleza.

En al menos cuatro de las zonas estudiadas, las mujeres señalaron que lo que más aprecian de los lugares donde viven es la sensación de estar seguras y tranquilas; la justificación de esta seguridad la expresan en que “no hay maras” y también valoran la importancia de mantener los lazos de apoyo comunitario. Según las participantes de los grupos focales, en sus comunidades “la gente se cuida entre unos y otros”, “hay preocupación por el vecino o la vecina” y por consiguiente hay tranquilidad para dejar la puerta abierta y andar de noche sin preocupación. En estos casos la inseguridad viene de afuera, de personas externas a la localidad, de recién llegados al territorio con los que no se llegan a construir lazos comunitarios. Aunque reconocen que existen problemas de inseguridad o consumo de drogas, para ellas estas condiciones no son comparables con lo que sucede en el Área Metropolitana de San Salvador y las zonas periurbanas.

Este es un lugar, cómo decir, sin problemas de “maras”. Es un lugar en que se controla, cuando hay un problema rápido se identifican a las personas que andan haciendo el mal... somos unidos y la gente es capaz también de protegerlo a uno. La gente es bien humanitaria cuando alguien necesita ayuda. Entonces todas esas cosas me gustan de acá, de estos lados. En comparación con otros lugares, lo dejan solo ahí a la familia, cualquier problema, y quién por ellos. En cambio aquí no, aquí si a usted le pasa algo, usted tiene el apoyo de toda la comunidad. (Mujer joven de Las Vueltas, Chalatenango).

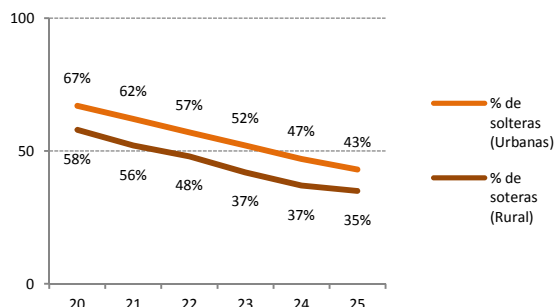
Más que salir de sus lugares de origen, ellas apuestan a buscar cambios que les permitan

mayores oportunidades de estudio y trabajo, ya que preferirían no tener que realizar grandes desplazamientos y esfuerzos económicos para acceder a estos servicios. Entre los cambios que harían en sus comunidades mencionaron: superar la falta de oportunidades de ingresos y la escasez de opciones de estudio, mejorar la infraestructura y servicios básicos que facilitan la calidad de vida de la población rural.

Asumiendo la pareja y la vida familiar con ojos nuevos. Las mujeres rurales jóvenes son mayoritariamente solteras o se encuentran en relaciones temporales de pareja, además cada vez tienen menos hijos(as). Contar con ingresos propios es un factor importante no solo para la superación de la pobreza, sino para manejar con autodeterminación sus relaciones familiares y de pareja, participar en la toma de decisiones de la familia y asegurar ciertas estrategias para una mejor distribución de las tareas domésticas.

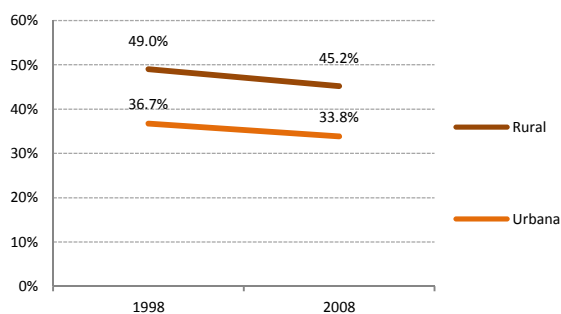
Las cifras del Censo de Población 2007 indican que al llegar a los 22 años de edad, la mitad de las mujeres rurales jóvenes ya se reportan como acompañadas o casadas (Gráfico 1). Por otra parte, la principal Encuesta Nacional de Salud Familiar muestra que la proporción de jóvenes entre 17 y 24 años que ha tenido un embarazo disminuyó levemente con el cambio de siglo, al pasar de 49 por ciento a 45 por ciento entre 1998 y 2008 (Gráfico 2). No obstante, distintas fuentes muestran una disminución importante en el número de hijos de las mujeres rurales, especialmente entre las más jóvenes. Así, las madres entre los 18 y 25 años al momento del Censo de Población 2007 presentaron un promedio de 1.66 hijos(as) en el área rural, no muy arriba de la cifra de a 1.5 hijos(as) en el área urbana. Entre las madres adolescentes la diferencia urbano-rural es casi inexistente (Gráfico 3). Con una mirada más amplia, la Encuesta de Salud Familiar indica que el número de hijos(as) por mujer de 15 a 49 años en las zonas rurales pasó de 4.5 hijos(as) en 1998 a 3 hijos(as) en el año 2008.

Gráfico 1
Proporción de solteras según edad en zonas rurales y urbanas



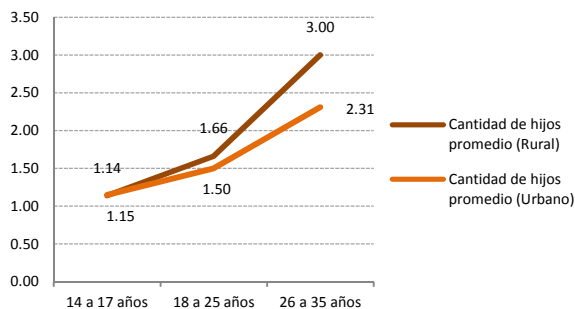
Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007

Gráfico 2
Proporción de jóvenes entre 17 y 24 años que ha tenido un embarazo



Fuente: FESAL 2008

Gráfico 3
Cantidad promedio de hijos de madres jóvenes rurales y urbanas



Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007

Los datos de las fuentes oficiales se confirman entre las mujeres participantes en los grupos focales, entre estas el estado civil de soltería fue de 51.1 por ciento, un 30 por ciento manifiesta vivir acompañada y el 20 por ciento de ellas están casadas. También se muestra una disminución del número de hijos(as), un 53.3 por ciento tiene entre uno y tres hijos(as), y el 11.1 por ciento tiene entre cuatro y cinco hijos(as), aunque la edad del primer embarazo sigue siendo temprana, un 31 por ciento tuvo su primer hijo(a) entre los 16 y 18 años.

En los relatos de vida se tuvo la oportunidad de indagar acerca de la percepción de las relaciones de pareja. Entre las entrevistadas la experiencia de la juventud tiene que ver con relaciones de pareja que comienzan bien y que luego pueden distorsionarse hasta reproducir esquemas de poder y dominación, tras lo cual deciden acabar con la relación. Como lo manifiesta una joven entrevistada de Tecoluca, un tema clave para tomar la decisión de separarse es contar con ingresos propios:

Cuando yo comencé a trabajar fue que comenzaron los problemas con él y yo decidí a la primera separarme... entonces vendía (productos de) belleza, tenía que andar maquillada, todo bien arreglada, entonces él decía que yo me ponía bonita para otros... cuando yo saqué mi primer pago le hablé a mi mamá en ese momento que me viniera a traer con mis cosas... consideré que con esos \$300 podía ayudar a mi mamá a que me cuidara el niño y seguir trabajando [...] (Mujer joven de Tecoluca)

Al comparar sus decisiones sobre la vida de pareja con las de sus madres, es posible identificar algunos cambios. Las madres de las mujeres rurales jóvenes entrevistadas mantuvieron relaciones difíciles que en la edad mayor derivaron en un distanciamiento de sus parejas y en una dependencia emocional y económica que ellas consideran como una de las razones principales para continuar con la relación. De hecho, el único caso en que la relación de pareja se mantiene y es más horizontal es en el que la madre entrevistada es dueña de las tierras.

Para las mujeres rurales jóvenes el rol de madre se vive conjuntamente a su rol productivo y a sus actividades comunitarias. Las participantes en los grupos focales dedican un tiempo significativo a las tareas del hogar y a la atención directa de los hijos(as). Dedican un promedio de una a tres horas diarias al apoyo a sus hijos(as) con las tareas escolares. La limpieza doméstica, incluyendo el lavado de ropa, les toma hasta cinco horas al día. Además, el 75 por ciento de las entrevistadas participa en actividades organizativas y 50 por ciento dedica al menos cinco horas diarias a las actividades productivas.

Con esta carga de actividades, llama la atención no encontrar expresiones de rechazo o cuestionamiento a la realización de actividades reproductivas. Aunque se reconoce lo repetitivo e inacabable de estas labores, también hay expresiones de culpa por no dedicar el tiempo suficiente a los hijo(as) cuando se tiene un trabajo formal:

[...] pienso a veces que salgo mucho... y no puedo estar con la niña. Cuando estoy no le dejo la ropa a la muchacha para que la limpie, yo la voy lavando para sentirme como verdadera mamá... baño a la niña y trato de sentirme bien con ella, asearla, darle comida, me levanto a lavar pachas,⁵ cosas así, me siento bien atendiéndola y trato la manera de aprovechar mi tiempo con ella [...] (Mujer joven de Las Vueltas)

Algunas estrategias para el trabajo doméstico podrían estar cambiando. Por un lado, varias entrevistadas expresaron que existe más ayuda de parte de sus compañeros, perciben la idea de que la actividad doméstica no es responsabilidad exclusiva de las mujeres, también se encontraron casos en que mujeres con alta participación en actividades organizativas o productivas delegaban el trabajo doméstico a otras mujeres de la familia o empleadas.

Otro elemento común a los grupos focales es que las mujeres manifiestan que tienen mayor

⁵ Biberones.

participación en la toma de decisiones sobre cuestiones relevantes del hogar, mientras que la capacidad de toma de decisiones en las actividades generadoras de ingreso no se identifica claramente. Las mujeres con jefatura de hogar o con ingresos propios reconocen el potencial de su autonomía en las decisiones de todo lo que respecta a su grupo familiar y al desarrollo de su propio liderazgo. En las jóvenes entrevistadas el aporte de ingresos al hogar les permite ejercer una forma más consensuada para decidir en los temas familiares: *“en la casa las decisiones son compartidas... yo con mis propios recursos digo ‘voy a hacer esto’ y nadie me detiene [...] cada quién con sus propias posibilidades dice vamos a hacer esto, llegamos a un acuerdo y hacemos las cosas...yo siento que las decisiones las tomamos entre todos [...]”* (Mujer joven de Las Vueltas)

Las mujeres rurales jóvenes tienen un mayor nivel educativo que sus madres, pero hay una tendencia a dejar de estudiar alrededor de los 20 años. En el grupo de 26 a 35 años las cifras de analfabetismo llegan al 23.1 por ciento y descienden a 6.5 por ciento y 2.8 por ciento entre las jóvenes de 18 a 25 años y 14 a 17 años, respectivamente. En cambio, las mujeres rurales mayores de 35 años presentan un nivel de analfabetismo de 52.3 por ciento. No obstante esa reducción en el analfabetismo, todavía es una minoría la que completa la educación secundaria (once años de educación): no más de 18 por ciento en el grupo de 18 a 25 años, que es el grupo que más años de educación ha alcanzado (Censo de Población 2007).

Aunque más de la mitad de las jóvenes adolescentes estudia a tiempo completo, y solamente un tercio de ellas se dedica a actividades no remuneradas clasificadas en el Censo como “tareas del hogar”, hay un punto de inflexión alrededor de los 20 años, cuando una parte mayoritaria de las mujeres rurales ya no sigue estudiando y no busca (o no encuentra) una inserción estable en el mercado laboral, de mo-

do que casi dos tercios de ellas se ocupan en “tareas del hogar”.

Entre las mujeres de los grupos focales encontramos que un 46,6 por ciento superó la primaria y únicamente un 15.6 por ciento no realizó estudios, esto referido a las mayores. Un 20 por ciento de las mujeres más jóvenes estaba realizando estudios de bachillerato y universitarios, y un 24 por ciento estaba participando en capacitaciones de diverso tipo. La distribución del uso del tiempo expresa estas ocupaciones: el tiempo dedicado a la formación es mayor con mujeres menores de 21 años y las mayores van reduciéndolo a un valor repetido de dos horas, lo cual confirma la tendencia estadística de que al llegar a los 20 años disminuye o desaparece la dedicación al estudio.

La llegada temprana de la maternidad incide en el retiro de las actividades educativas. De acuerdo con los testimonios, muchas mujeres jóvenes cambian su rol prioritario hacia la maternidad al tener su primer hijo y se alejan de las actividades de formación, incluso si existen alternativas flexibles para continuar estudiando:

[...] yo estuve invitándola a que participara al círculo de alfabetización porque tiene quinto grado. Entonces, si participa en el círculo del tercer nivel se le puede dar un certificado de sexto grado para que pueda seguir estudiando, y me dijo de que no. “No”, me dijo, “yo ya no, cuando vaya otra vez a la escuela es para ir a dejar a mi hijo”. Y tiene 16 años y no se ven más allá, no se ven más allá del su hogar [...] (Mujer joven de Tecoluca)

Los años de estudio inciden en las aspiraciones, capacidades e incluso en la apariencia de las mujeres rurales jóvenes. Las participantes en los grupos focales con una formación de estudios básicos, educación media y bachillerato, expresan aspiraciones relacionadas con los estudios universitarios, que difícilmente pueden continuar en sus lugares de origen. Ante ello, en algunos territorios encontramos esfuerzos por

apoyar la realización de estudios universitarios a jóvenes rurales, hombres y mujeres, a partir de becas y convenios entre organizaciones locales con universidades ubicadas en San Salvador: *“he tenido la oportunidad de que CORDES me dé una beca. Hemos iniciado una beca de seis meses en computación; y luego en junio iniciaría en la universidad, estudiaría en la Gavidia... quiero sacar una licenciatura en educación parvularia... mi sueño ha sido siempre, toda la vida, ser profesora”*. (Mujer joven de Tecoluca).

Además de modificar las aspiraciones, las mujeres rurales jóvenes con mayor nivel educativo tienen más habilidades para la expresión, una apariencia más urbanizada y más capacidades para la participación en espacios organizativos. Es evidente el manejo de un léxico amplio que permite más espontaneidad al expresar sus puntos de vista, captar ideas y expresarlas. Su aspecto es más urbano que rural, en la moda que llevan y la forma de actuar. El mayor acceso a la comunicación telefónica entre otros, hace que las mujeres rurales jóvenes cuenten con menos diferencias respecto a sus congéneres urbanas o periurbanas.

Aunado a las mejoras en los niveles educativos, el acceso a tecnologías de información les abre un horizonte nuevo de aspiraciones y búsqueda de nuevos logros. El teléfono móvil o celular es una tecnología ampliamente adoptada en los hogares donde vive una mujer rural joven. Entre el 60 y 65 por ciento de las mujeres rurales jóvenes pertenecen a hogares donde se cuenta con al menos un celular (Censo de Población 2007).

La brecha de pobreza incide en el acceso al celular. La proporción de mujer rural joven no pobre con celular en el hogar se aproxima al 82 por ciento de las mujeres sin importar la edad. En el caso de quienes se encuentran en pobreza extrema, el acceso al celular desciende a un rango que va del 45 por ciento al 52 por ciento de las mujeres, dependiendo del segmento de

edad. En los grupos focales, donde la mayoría de las participantes tiene el nivel de líder comunitaria, el 93.3 por ciento manifestó que contaban con celular propio, y un 60 por ciento aseguró que gasta mensualmente un promedio de cinco dólares en recargas.

En lo referente al acceso a Internet, de acuerdo a la EHPM 2007, el porcentaje de mujeres rurales jóvenes que utiliza Internet no alcanza el cinco por ciento, ni siquiera entre las más jóvenes.⁶ Esto podría haber cambiado en los últimos años, con la introducción de nuevas tecnologías móviles y modalidades de pago. Así, en los grupos focales un 31 por ciento de las participantes más jóvenes dijo usar el servicio de Internet. Es de esperar que al incrementarse la oferta en zonas rurales, tomen mayor importancia la brecha de pobreza y la brecha de edad. Nótese que según los datos de la EHMP 2007, un 3.9 por ciento de las mujeres rurales jóvenes no pobres entre los 18 y 25 años utilizaba Internet, frente a un cero por ciento de las mujeres en extrema pobreza entre los 26 y 35 años. Los grupos focales permitieron conocer un poco más sobre las formas de uso y acceso a Internet. Una joven como caso representativo, expresó no contar con Internet en su hogar, por lo cual se desplaza la mayor parte de días de la semana al cibercafé para revisar su correo, que es el uso dominante del Internet expresado por este grupo.

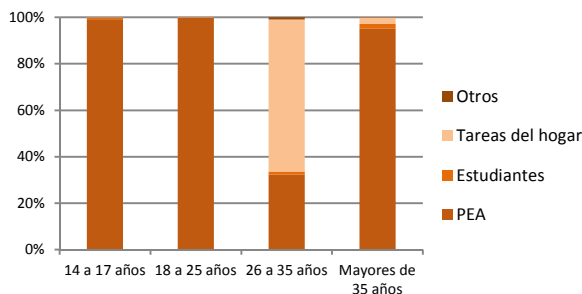
El acceso a nuevos medios de comunicación es progresivo y las formas de organización comunitaria pueden potenciarlo. En el caso de Tecoluca, una de las poblaciones de realización de grupos focales, existe un cibercafé manejado por una organización local de mujeres que presta el servicio de bajo costo a la población, además algunas mujeres jóvenes son voluntarias en el local, lo que les permite capacitarse en esta

⁶ Las cifras corresponden a la pregunta “¿Algún miembro de este hogar utiliza Internet?”, sin especificar si había utilizado internet en un determinado periodo de tiempo.

área. Una de las organizaciones de líderes juveniles rurales ha aprovechado la capacidad de acceso a Internet y conocimiento de la forma de usar las redes sociales para crear sus propios sitios de difusión en Facebook, como el caso de Amigas de CRIPDES, que les permite difundir sus actividades, programas de becas y solicitar apoyos solidarios.⁷

Las mujeres rurales jóvenes obtienen sus ingresos básicamente de actividades no agrícolas, muchas de las cuales son temporales. Las mayores restricciones de las mujeres rurales jóvenes se refieren a las pocas oportunidades de acceso a ingresos. Una mayoría de mujeres rurales jóvenes están dedicadas a actividades productivas o reproductivas que no se registran en las mediciones de la Población Económicamente Activa (PEA), como se aprecia en el gráfico siguiente. Ya mencionamos que más de un 55 por ciento de las jóvenes adolescentes se encontraba estudiando a tiempo completo, y solamente el 33 por ciento estaba ocupado en la categoría que el Censo llama “tareas del hogar”, es decir, trabajo doméstico no remunerado. Pero esta situación se revierte en el grupo de 18 a 25 años, donde el grupo dedicado a oficios domésticos llega al 60 por ciento de las mujeres rurales.

Gráfico 4
Ocupaciones de las mujeres rurales según grupos de edad

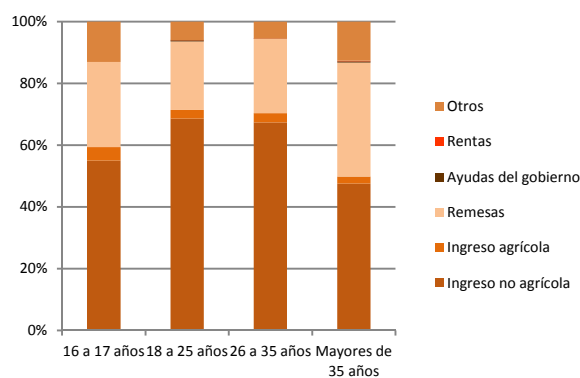


Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007.

⁷ Ver: <https://www.facebook.com/amigasde.cripdes>

La participación de mujeres rurales en la PEA alcanza su máximo en este mismo segmento de edad, con un 32 por ciento de las mismas de acuerdo al Censo de 2007. Así, el sustento de la mayoría depende exclusivamente de familiares o fuentes no garantizadas, ingreso no siempre reportado en la Encuesta de Hogares. Incluso el ingreso registrado por este tipo de medición revela una participación muy importante de las remesas o ayudas de familiares. Según se aprecia en el Gráfico 5, las remesas llegan a representar hasta un cuarto de los ingresos de las adolescentes y de las mayores de 35 años.

Gráfico 5
Estructura del ingreso de las mujeres rurales según rango de edad



Fuente: EHPM 2007

Por otra parte, la EHPM 2007 encontró que el número de mujeres rurales entre 14 y 35 años que devengó algún ingreso agropecuario apenas supera las diez mil mujeres. Esto representa un porcentaje menor al cinco por ciento de las mujeres rurales. Conforme a estas tendencias, la proporción de hogares rurales con ingreso agropecuario no llega al 50 por ciento de los hogares donde las mujeres rurales jóvenes son jefe o cónyuge, ni siquiera en los hogares donde ellas tienen mayor edad (26-35 años).

La escasa importancia del ingreso agrícola se debe a que las mujeres rurales que se incorporan la PEA, especialmente las jóvenes, lo hacen

en actividades distintas a la agricultura, por lo general en el comercio y los servicios. Las actividades agropecuarias representan apenas el diez por ciento de la PEA rural femenina. Este es parte de un proceso de alcance general, que se expresa en la pérdida de importancia de la agricultura en la PEA rural. Sin embargo, los grupos focales muestran una alta dedicación de las mujeres rurales jóvenes al trabajo en los cultivos de patio, un 69 por ciento afirmó cultivar frutas y verduras en sus solares como parte de sus estrategias para asegurar la alimentación de sus familias.

En los grupos focales la obtención de ingresos

Tabla 1
Mujeres en la PEA rural agropecuaria

	Mujeres en la PEA rural agropecuaria (A)	(A) como % de la PEA rural femenina en el rango de edad	(A) como % de las mujeres rurales en el rango de edad
Mayores de 35	16,165	20.8%	5.1%
Entre 26 y 35 años	4,732	10.2%	3.1%
Entre 18 y 25 años	2,893	8.1%	1.9%
Entre 14 y 17 años	1,179	12.7%	1.1%

Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007

aparece muy limitada frente a los gastos, aparece una mayor dependencia de las mujeres rurales jóvenes respecto a sus parejas, padres, madres, incluyendo las remesas que envían familiares en el exterior. La mayor demanda en todos los lugares entrevistados es el trabajo remunerado. Las opciones de obtención de ingresos son múltiples pero insuficientes o precarias, las participantes mencionaron dedicarse al trabajo temporal en la finca, la costura, la elaboración de artesanía, la venta de ropa, la venta de cosméticos por catálogo y la elaboración de comida. Manifiestan que varias de estas alternativas no son rentables, sino únicamente una

respuesta inmediata para hacerle frente a los gastos, además consideran que les demanda una alta inversión de tiempo y no siempre se compatibilizan con las actividades de cuidado que aún asumen.

Las mujeres que hacen labor agropecuaria invierten entre una y cinco horas de trabajo diario. Las mujeres más jóvenes realizan labores agropecuarias en apoyo a sus padres y madres, no como una responsabilidad directa. Los municipios destacados con mujeres agricultoras con cierta diversificación son Tacuba, Tecoluca y San Esteban Catarina. En todos los grupos focales al menos un 30 por ciento de las mujeres se dedican a los granos básicos, pero declaran que no se obtiene ningún tipo de ganancia ya que cada vez es más caro producir, pero no dejan de hacerlo porque así aseguran el alimento principal para casi todo el año.

Es una minoría la que ha diversificado su producción agrícola a raíz de la participación en algunas experiencias innovadoras que aportan a la seguridad alimentaria de las familias y mantiene su relación con la tierra. En todos los lugares donde se realizaron grupos focales ha habido intervenciones de proyectos de desarrollo agrícola. Algunos de estos procesos han impactado en su capacidad productiva, en su oportunidad de mejorar ingresos, ampliar la variedad de alimentos y hacer mejoras económicas para sus hogares con los alimentos que producen. Aun así, este tipo de proyectos no logra la multiplicación y dominio masivo de la tecnología para las mujeres y menos para las mujeres jóvenes. Los casos explorados también señalan la importancia de avanzar al mismo tiempo en temas de autoestima y desarrollo personal para un cambio de mayor impacto en las comunidades.

Las mujeres del municipio de Tacuba son usuarias del Centro Nacional de Tecnología Agropecuaria (CENTA), con lo cual han iniciado su

incursión en la recepción de servicios de asistencia técnica agropecuaria. Las mujeres jóvenes usuarias de este servicio representan 3 de cada 10 agricultores(as), siendo aún minoría en la atención institucional. El programa de CENTA utiliza la metodología de las escuelas de campo (ECAS) y la atención como “Familia demostradora”, una réplica en pareja del método “campesino a campesino”, que ha sido una oportunidad para la inserción de mujeres y jóvenes de forma paulatina. Existen muchas instituciones prestándoles servicios técnicos, sin embargo, los aspectos de desarrollo personal, gestión del talento humano, liderazgo y autoestima han sido menos trabajados en ellas. Si bien las mujeres jóvenes participantes van adquiriendo dominio de conocimientos, prácticas y tecnologías agropecuarias, les falta avanzar en la expresión de sus ideas y propuestas así como la defensa de las mismas.

Por su parte, en el municipio de Tecoluca las organizaciones de mujeres y el Movimiento por la Agricultura Orgánica (MOPAO) están impulsando el desarrollo de cultivos orgánicos. En este municipio las mujeres constituyen la tercera parte del grupo de agricultores orgánicos que se ha formado. Después de meses de capacitación y práctica, están convencidas de que “lo orgánico sirve”. Con esfuerzos y la evidencia plantada en sus patios y solares, han convencido a sus hijos y esposos de las ventajas de esta alternativa agrícola: “He sacado un saco de maíz. Mi compañero no creía en el abono orgánico, pero cuando vio que la milpa iba para arriba se convenció”. (Mujer joven de Tecoluca).

La preocupación de las mujeres por asegurar la alimentación de sus familias las convierte en activas promotoras de alternativas de producción agrícola. En el caso de las mujeres de Tecoluca están dejando atrás los químicos y esto incide, también, en la dieta familiar, pues aumenta el consumo de hortalizas, verduras y maíz criollo cultivados por ellas mismas, a dife-

rencia de la dieta de las mujeres que no participan en estos procesos y que son dependientes de la compra de productos alimenticios en tiendas y supermercados.

Los grupos focales revelan cómo estas familias salvadoreñas rurales dependen en buena medida de los productos industrializados, sobre todo en los lugares con mayor cercanía o mejor conectividad con los centros urbanos. La producción propia es principalmente de granos básicos y alguna hortaliza. El consumo de lácteos es de producción local. Mientras que la adquisición de alimentos se hace en tiendas locales donde los productos son más caros, seguido por el mercado, el supermercado y la producción propia. La compra en la comunidad a otras personas que producen o procesan es poco significativa, lo producido en los hogares es dirigido al autoconsumo y al mercado local.

Los cultivos de patio que tienen el 69 por ciento de las entrevistadas son para muchas el único lazo que mantienen aún con la tierra, aunado a un todavía alto consumo de leña en los hogares a cargo de mujeres rurales jóvenes, el cual varía entre 33.4 por ciento y 45.6 por ciento según el grupo de edad (EHPM 2007). La siembra de granos básicos ya sea en patios o parcelas familiares, a pesar de su escasa rentabilidad y las deudas que puede generar, sigue siendo una estrategia de vida de carácter irrenunciable. La mayoría de las que dijeron realizar actividades agrícolas alquilaba la tierra.

En los colectivos entrevistados se encontró que las mujeres rurales jóvenes dedican buena parte de su tiempo a la participación en el desarrollo de sus territorios. En la mayoría de los municipios involucrados en los grupos focales existe una alta cultura de participación organizada de la población para resolver sus problemas. El elemento de unidad entre la población, con matices pero con apoyo solidario en los momentos de mayor necesidad, caracteriza a la

organización. Las organizaciones que más aparecen son las Asociaciones de Desarrollo Local (ADESCO). Existen otras organizaciones para cuestiones puntuales como el agua, becas escolares o producción agropecuaria.

Las organizaciones priorizadas como relevantes por las mujeres rurales jóvenes son aquellas de las que han recibido un beneficio significativo para sus vidas, en respuesta sobre todo a necesidades inmediatas o prácticas, y en menor grado, sobre necesidades estratégicas como estudios y prevención de violencia de género. Un elemento presente en todos los grupos es que hay organizaciones que de una manera u otra colaboran con el manejo de los recursos naturales desde la sensibilización, campañas ambientales como las orientaciones para el cuidado del suelo y el agua en la producción.

En los lugares con altos niveles organizativos hay presencia de los comités y organizaciones de mujeres. En todos los municipios las participantes del estudio se encuentran activas en organizaciones de índole comunitaria y municipal. Las entrevistadas explican que los motivos para participar tienen que ver con el espíritu de colaboración con su comunidad en sus necesidades, la satisfacción también se expresa en esa capacidad de transmitir a otros y otras los conocimientos y habilidades adquiridos, estos motivos son mencionados en los aspectos positivos de participar en organizaciones.

El uso del tiempo en actividades organizativas es destacable. El 75.4 por ciento de las participantes se dedican a actividades organizativas en las que llegaban a invertir hasta ocho horas

por semana. Algunas actividades organizativas también implican remuneración para las mujeres jóvenes que trabajan como facilitadoras locales o se incorporan de manera temporal a la ejecución de diversos proyectos de desarrollo humano o productivo.

Los motivos para no participar en las organizaciones locales tienen que ver con no ser convocadas o con limitaciones en el tiempo debido al trabajo o atención de actividades reproductivas. Otras razones están vinculadas a la falta de credibilidad en los(as) dirigentes, ya que consideran que estas son las únicas que se benefician o bien no participan porque han tenido malas experiencias previas.

Las limitantes para la participación de la juventud se refieren a la falta de comunicación, actividades de interés y estrategias de involucramiento propiamente de la juventud. La maternidad y la vida en pareja también parecen incidir en el retiro de las jóvenes de las actividades organizativas, no solo por la responsabilidad del cuidado, sino porque al asumir su rol de madre o esposa ya no se consideran jóvenes: *“cuando se hace una asamblea de jóvenes solo van las mujeres jóvenes que están solteras... hay mujeres de 27 años que ya no se consideran jóvenes. Unas porque ya tienen dos, tres hijos, ellas mismas se dicen que no están jóvenes y si las invitan a asambleas de jóvenes no van”* (Mujer joven de Tecoluca). En cambio, las que cuentan con alto nivel de compromiso hacen un gran esfuerzo en tanto intensifican su labor en los hogares antes o después de participar en actividades de la organización.

Evolución de las brechas de desigualdad

Como se indicó en la Introducción, el análisis contrastó la situación de las mujeres rurales jóvenes frente a otros tres grupos de referencia:

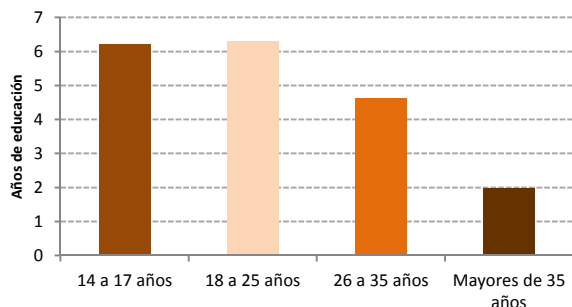
- Hombres rurales en el mismo rango de edad que las jóvenes rurales (brecha de género).
- Mujeres urbanas en el mismo rango de edad que las jóvenes rurales (brecha geográfica).
- Mujeres rurales mayores de 35 años (brecha generacional).

En general, los resultados señalan que en muchas dimensiones, y notablemente en el acceso a educación, las brechas entre hombres y mujeres rurales tienden a disminuir. Por otra parte, el contraste entre los distintos grupos etarios de las mujeres rurales (14 a 17 años, 18 a 25 años, 25 a 35 años y mayores de 35 años) muestra una evolución positiva de varios indicadores. Así, la proporción de mujeres jóvenes con hijos sigue siendo mayor en la zona rural, pero esta brecha se muestra menor conforme disminuye la edad y es casi inexistente entre las más jóvenes (14 a 17 años). Con respecto al número de hijos, la diferencia entre las mujeres rurales y urbanas disminuye en los grupos de edad menores. También la participación de la mujer rural joven en la PEA presenta un cambio generacional

muy evidente respecto de las mujeres rurales mayores de 35 años (solamente 11 por ciento de estas, las mismas incorporadas a la PEA). Sin embargo, y no obstante todo lo que se parecen las jóvenes rurales de hoy a las jóvenes urbanas, el análisis muestra que estas últimas se encuentran en una situación de mejor acceso a servicios y calidad de vida. Así, la brecha que mayores limitaciones presenta a las mujeres rurales jóvenes es la brecha urbano-rural.

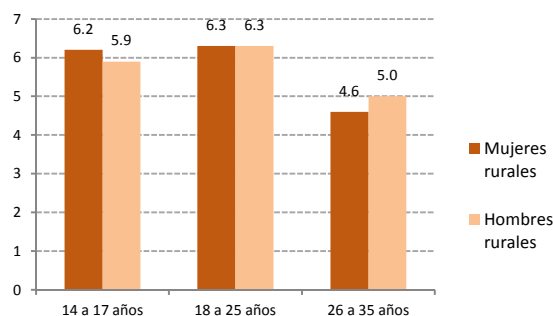
En primer lugar, hay que señalar que las jóvenes rurales están más capacitadas que sus mayores, incluso las adolescentes tienen más años de educación promedio que las mujeres que sobrepasan los 25 años de edad (Gráfico 6). Esto se ha logrado al mismo tiempo que la disminución de la brecha de género en el acceso a la educación, al punto que se ha vuelto casi inexistente. Véase en el Gráfico 7 que hombres y mujeres de las zonas rurales tiene casi el mismo número de años de educación. Es más, para el grupo más joven (14 a 17 años) las mujeres presentan más años de estudio que los hombres. Sin embargo, cuando se contrasta la situación de las jóvenes rurales frente a las jóvenes urbanas, como en el Gráfico 8, se hace evidente la brecha geográfica ya mencionada. Mientras, en promedio, las mujeres rurales alcanzan el sexto grado, sus coetáneas de zona urbana alcanzan el noveno grado.

Gráfico 6
Mujeres rurales: años de educación promedio según rango de edad



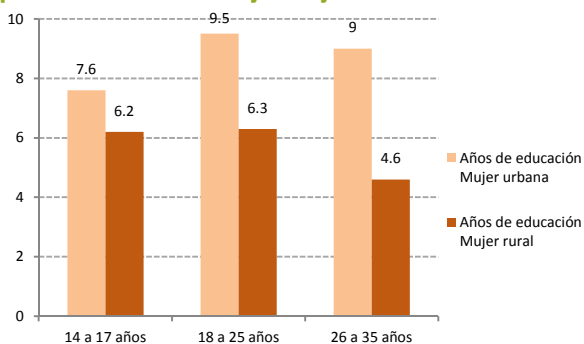
Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007

Gráfico 7
Brecha de género en educación: años de educación promedio



Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007

Gráfico 8
Brecha urbano-rural en el número de años promedio de las mujeres jóvenes



Fuente: Censo de Población y Vivienda 2007

Las oportunidades de completar la educación media son muy restringidas para las mujeres que habitan en zonas rurales. Al analizar con mayor detenimiento las diferencias urbano-rurales en términos de educación, se puede apreciar la brecha urbano-rural a pesar de que el país muestra logros en la universalización de la educación básica. Así, entre las mujeres más jóvenes (entre 14 y 17 años), los niveles de alfabetismo son muy similares en zonas rurales (93.5%) y urbanas (97.2%). Sin embargo, solamente el 18.6 por ciento de las mujeres rurales y el 18 por ciento de los hombres rurales de entre 18 y 25 años ha completado la educación secundaria (once años de educación), frente al 50 por ciento de las mujeres de la misma edad en zonas urbanas. Nótese que la brecha urbano-rural en cuanto al acceso a educación media es similar para toda la juventud rural, ya se trate de hombres o mujeres.

Una situación similar se observa en otros indicadores. De acuerdo con el Censo de Población 2007, más de la mitad (55.4%) de las jóvenes adolescentes rurales estudiaba a tiempo completo y solamente un tercio de ellas (33.1%) se dedicaba a “tareas del hogar” (trabajo doméstico no remunerado). En este caso, la brecha con respecto a sus coetáneas de zona urbana es también considerable, pues la cifra dedicada a “tareas del hogar” llegaba en el último caso a 13.5 por ciento, mientras que el porcentaje dedicado al estudio llegaba a 76.2 por ciento.

Cuando analizamos la situación de las jóvenes rurales en el rango de 18 a 25 años se observa que solo una parte minoritaria sigue estudiando (12%), mientras que una cuarta parte (25.2%) se incorpora a la PEA. En tanto, casi dos tercios (61.8%) dice dedicarse a “tareas del hogar”, aun cuando hemos visto que suelen ocuparse de modo irregular en actividades que generan algún ingreso. Por otra parte, la brecha con las mujeres jóvenes urbanas se mantiene, si bien se transforma: mientras que el 25 por ciento conti-

núa estudiando, presumiblemente algún grado universitario o técnico, otro 40.9 por ciento se incorpora a la PEA formal, mientras que el grupo dedicado a “tareas del hogar” pasa al 32.9 por ciento.

Si consideramos únicamente la incorporación al trabajo remunerado, podemos decir que la brecha de género tiende a disminuir aunque de un modo muy limitado. Por una parte, la participación masculina en la PEA alcanza más del 60 por ciento de la población rural masculina con edad entre los 14 y 35 años. Esto contrasta con un máximo de 32 por ciento de las mujeres rurales de 18 a 25 años incorporadas a la PEA, con niveles menores entre las más jóvenes, pues muchas de estas se encuentran estudiando. En todo caso, si el contraste entre las mujeres rurales más jóvenes y sus mayores es un indicador de la evolución de la brecha de género en cuanto a participación de la PEA, podemos afirmar que esta tiende a reducirse, toda vez que entre las mujeres rurales mayores de 35 años el 70,4 por ciento se dedica a “tareas del hogar” y solamente el 24.7 por ciento participa en la PEA. Hay que tomar en cuenta que el analfabetismo en este grupo de mujeres mayores de 35 años alcanza el 52 por ciento, frente a un 6.5 por ciento en el segmento de 14 a 17 años.

Las brechas de pobreza y edad inciden en el acceso a los servicios básicos en los hogares de las mujeres rurales jóvenes. Una parte del análisis se dedicó a profundizar en las brechas que afectan los hogares rurales que tienen a una mujer joven en el rol de cónyuge o jefe, incluyendo las desigualdades que se presentan entre hogares rurales bajo distintas condiciones de pobreza (brecha de pobreza). De acuerdo con los datos de la EHPM 2007, la cantidad de hogares con estas características constituye un 31.3 por ciento del área rural. En las zonas urbanas, los hogares con una mujer joven en el rol de cónyuge o jefe representaban el 27.1 por ciento de los hogares urbanos.

La cantidad de integrantes en estos hogares varía entre 2.77 y 4.78 personas para el área rural, y entre 2.97 y 4.13 para hogares urbanos. Los hogares más pequeños son aquellos donde las mujeres cónyuge y jefe tienen menor edad (14 a 17 años), y los más grandes donde las mujeres se encuentran entre los 26 y 35 años.

Concentrándonos en el área rural, el nivel de pobreza (pobreza relativa y pobreza extrema) en los hogares a cargo de una mujer rural joven jefe o cónyuge rondaba el 50 por ciento tomando en cuenta todos los grupos de edad. Dicha cifra es mayor a la observada en el conjunto de hogares rurales, donde la pobreza alcanza el 43.8 por ciento de los hogares.⁸

Un dato muy importante es que la incidencia de pobreza, especialmente la pobreza extrema, resulta mayor conforme aumenta la edad de la mujer rural joven. La Tabla 2, a continuación, presenta el detalle para cada grupo de hogares según la edad de la mujer jefe o cónyuge.

La asociación de pobreza y edad se refleja en los datos sobre acceso a los servicios de electricidad y agua potable, de acuerdo a la EHPM 2007.⁹ Tomando en cuenta solamente los hogares con jefe/cónyuge de 18 años o más, se puede apreciar que la brecha urbano-rural es más amplia en el acceso al agua potable que electricidad: la proporción de hogares sin agua suele ser el doble en zonas rurales que urbanas.¹⁰ En

⁸ El ingreso per cápita mensual de los hogares rurales con mujer rural joven jefe/cónyuge oscila entre los 69 y 82 dólares mensuales, según la edad de la mujer rural joven. En el mismo rango se encuentran los hogares con mujeres jefe/cónyuge mayores de 35 años. Contrastado con ello, el ingreso per cápita de hogares urbanos llega a duplicar lo observado en el área rural.

⁹ El acceso al agua potable se definió como contar con cañería en la vivienda o en la propiedad. El acceso a electricidad corresponde a la cifra de hogares que cuentan con iluminación eléctrica (incluyendo hogares que se proveen de electricidad con conexión a una casa vecina) (EHPM 2007).

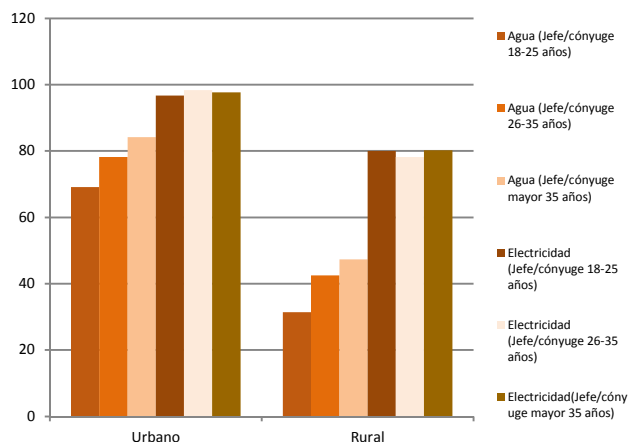
¹⁰ La EHPM 2007 estimó la existencia de unos 4500 hogares rurales y 3700 hogares urbanos donde adolescentes

Tabla 2
Hogares rurales con mujer rural joven en el rol de cónyuge/jefe según nivel de pobreza y edad

Edad de la jefe/cónyuge	Cantidad de hogares				%			
	No pobre	Pobre no extremo	Pobre extremo	Total	No pobre	Pobre no extremo	Pobre extremo	Total
14-17 años	2,747	1,398	358	4503	61%	31%	8%	100%
18-25 años	26,327	13,039	7,613	46.979	56%	27.8%	16.2%	100%
26-35 años	47,431	32,509	20,789	100.729	47.1%	32.3%	20.6%	100%
Total	76,505	46,946	28,760	152,211	50.3%	30.8%	18.9%	100%

Fuente: EHPM 2007

Gráfico 9
Proporción de hogares con acceso a electricidad y agua potable, según zona urbano-rural y edad de la mujer jefe/cónyuge



Fuente: EHPM 2007

el caso del agua, también se advierte una brecha de tipo generacional, es decir, el acceso disminuye conforme sea menor la edad de la mujer rural jefe/cónyuge. Esto parece deberse a que la construcción de infraestructura de agua

de 14 a 17 años tienen el rol de cónyuge o jefe de familia. En el área rural, estos hogares se comportan sin una tendencia clara respecto al acceso a los servicios mencionados. El tamaño limitado de la muestra para este segmento de hogares implica tomar con precaución los datos correspondientes.

suele ir rezagada con respecto al establecimiento de nuevos hogares, de modo que muchas veces las parejas jóvenes ocupan viviendas de construcción reciente, sin contar con el acceso al servicio de agua. En cambio, el acceso a electricidad no se ve influenciado por la edad de la mujer jefe/cónyuge.

Restringiéndonos a los hogares de zona rural representados en el Gráfico 9, se observa que el acceso a ambos servicios se ve fuertemente afectado por la brecha de pobreza. En el caso de la electricidad, la brecha entre pobres extremos y no pobres es mayor a la brecha urbano-rural, de modo que los no pobres rurales tienen casi el mismo acceso a la electricidad que la generalidad de hogares urbanos. Sin embargo, el acceso al agua en los hogares no pobres rurales en ningún momento se asemeja a los niveles alcanzados por la generalidad de los hogares urbanos.

Se observa aquí una situación en la que el nivel de pobreza se vuelve determinante para acceder a un servicio público donde la expansión de la infraestructura necesaria depende de empresas privadas. En el caso del agua, donde la habilitación de infraestructura depende de la inversión pública o de los mismos interesados, la brecha urbano-rural acusa una incapacidad

institucional indudablemente vinculada a una escala de prioridades en el seno del Estado, escala donde lo rural tiene importancia secundaria.

La presencia del Estado en las zonas rurales, a pesar de los avances observados durante la posguerra, se observa restringida a prestaciones básicas. Por ejemplo, es importante destacar que más de un 90 por ciento de las mujeres rurales jóvenes disponen de documento de

identidad, sin diferencias generacionales. En cuanto a servicios de salud, hay que anotar que casi el 90 por ciento de las madres adolescentes dan a luz en un hospital. El analfabetismo rural también se ha visto reducido y la cobertura de educación básica se ha incrementado. Sin embargo, la brecha urbano-rural continúa sumamente amplia en el caso de los servicios de salud especializados y la educación media, técnica o superior.

Retos y perspectiva de futuro

Los cambios sociales y económicos en El Salvador inciden fuertemente en las estrategias de vida de las mujeres rurales jóvenes, sus aspiraciones e identidades. El proceso de urbanización supone menor peso demográfico de las mujeres rurales frente a las urbanas, pero el peso de las mujeres jóvenes dentro del conjunto de la población rural no se ha modificado sustancialmente, ni su participación en el conjunto de las mujeres. Lo que sí ha cambiado es la tasa de feminidad (mujeres/hombres) de la población rural que, entre 1992 y 2007, ha pasado de 1.05 a 1.09, indicando que en el periodo de posguerra las zonas rurales han expulsado más hombres que mujeres.

Dentro de los cambios económicos, la pérdida de importancia de la agricultura en la PEA rural ha incidido en las mujeres jóvenes; una de las expresiones más evidentes es su reducida vinculación en el empleo agrícola. Definitivamente, cuando hablamos de mujeres rurales jóvenes en El Salvador, no estamos hablando de trabajadoras agrícolas, pues solo una fracción muy pequeña está vinculada al trabajo en la tierra, y la mayoría está inserta en dinámicas que antaño se decían “urbanas”, casi siempre en el sector servicios y comercio.

Si bien existen brechas territoriales importantes, las mujeres rurales jóvenes son muy similares a sus coetáneas de zona urbana en muchos aspectos, y las diferencias tienden a disminuir entre las más jóvenes, especialmente las relacionadas con sus estrategias de vida: nupcialidad, hijos, estudios, ocupaciones. Esto se debe a que al tener más educación que sus mayores, tienen otras posibilidades laborales.

En términos culturales su aspecto es más urbano que rural, lo urbanizado en la moda que llevan, la forma de actuar, el mayor acceso a la

comunicación telefónica, entre otros, hacen que las mujeres rurales jóvenes cuenten con menos diferencias respecto a sus congéneres urbanas o periurbanas. Las que tienen una formación de estudios básicos, educación media y bachillerato, expresan otro tipo de aspiraciones, manejo de un léxico amplio que permite más espontaneidad de expresar sus puntos de vista. Por otra parte, aunque existen brechas urbano-rurales importantes en el acceso a la tecnología, es notable que dos terceras partes o más de las mujeres rurales cuentan con teléfono celular en el hogar, cifra que se incrementa en los segmentos más jóvenes.

No obstante estos cambios, existen importantes brechas territoriales que se combinan con las brechas de pobreza para determinar el acceso a servicios públicos, ya sea porque la expansión de la infraestructura depende de empresas privadas, como el caso de la electricidad o bien por la baja prioridad que han tenido las zonas rurales para las instituciones estatales en ciertas áreas, como el servicio de agua domiciliar.

No existen programas productivos, de inserción laboral o educación superior orientados a las mujeres rurales jóvenes que permitan potenciar los avances de este sector en capital humano y social, y revertir la tendencia al abandono del proceso educativo al llegar a los 20 años, en gran medida porque es un sector que no se conoce a profundidad y posiblemente también porque en las políticas públicas aún prevalece el imaginario de la mujer vulnerable. Precisamente las acciones de política de las que se benefician están más vinculadas a la atención de su condición como sector vulnerable procurándoles acceso a servicios básicos de salud materno-infantil, educación y atención a la violencia de género en los programas alfabetización, los programas de dotación de uniformes y úti-

les escolares y el centro de atención Ciudad Mujer que concentra servicios especializados para la salud sexual y reproductiva, atención a la violencia de género, empoderamiento económico y promoción de los derechos de las mujeres. Lo que señala un gran reto por avanzar a un equilibrio entre acciones de política para contrarrestar la vulnerabilidad que aún existe y otras acciones orientadas a impulsar los avances en capacidades ganadas que permita superar las brechas existentes.

El nuevo perfil de la mujer rural todavía no es incorporado en los programas y proyectos de desarrollo rural o territorial. En los casos estudiados se han dado intervenciones con iniciativas o proyectos de desarrollo con poca incidencia en la generación de ingresos más allá de los proyectos. Dejan interrogantes relativas a las formas adecuadas de intervenir sobre la base de identificar eficazmente las necesidades sentidas, realizar un análisis del entorno, adecuarse a los tiempos y espacios de las mujeres rurales jóvenes, comprender realmente el potencial de éxito de las actividades, realizar procesos paulatinos de apropiación de las iniciativas, identificar los mecanismos de seguimiento constante como oportunos, entre otros. Los casos explorados también señalan la importancia de avanzar al mismo tiempo en temas de autoestima y desarrollo personal para un cambio de mayor impacto en las mujeres y en las comunidades.

Además, y no obstante el menor peso de lo agrícola en las actividades productivas y una cultura más urbanizada, todavía existen vínculos con la tierra, como el cultivo de patio, y con la vida rural expresada en la valoración de cierta seguridad proporcionada por los lazos comunitarios frente al contexto de alta delincuencia nacional. Estos lazos pueden ir resquebrajándose si no se cuenta con estrategias que fortalezcan las opciones productivas, la generación de ingresos y, en general, la revalorización social y económica de los espacios rurales. El ac-

ceso a nuevos conocimientos, prácticas y tecnologías sustentables puede fortalecer esa relación con el mundo rural como lo muestra la animada participación en los cultivos orgánicos, en tanto existe una alta sensibilidad con respecto al manejo de recursos naturales, es factible aprovechar esto para avanzar en la adopción de nuevas prácticas de diversificación productiva, manejo de agricultura orgánica, opciones de turismo rural, negocios no agropecuarios y otras cuestiones novedosas que involucren recursos naturales.

Otro de los aspectos relevantes es el aporte que dan a los procesos de desarrollo local o territorial. Por la manera en que asumen liderazgos tanto en la comunidad como la casa, expresan patrones de cambio en las formas de confinamiento de la mujer. Si bien es cierto que la práctica de roles tradicionales de mujeres y hombres se ha modificado, las formas de sujeción a prácticas con carga patriarcal subsisten; la responsabilidad en la crianza, el cuidado y la reproducción se mantiene con más énfasis en la mujer.

Lo anterior repercute en que la mayoría de las mujeres activas en espacios organizativos hace una fuerte inversión de tiempo entre la carga doméstica, la actividad productiva y la organización. De allí la necesidad de continuar legitimando prácticas más equitativas con respecto a los roles de género en el hogar.

El ejercicio público del liderazgo en los territorios tiene que ver con la posibilidad de llegar a reuniones, ser informadas, ganar seguridad, opinar, dar puntos de vista, decidir, realizar tareas que otras personas no puedan. Son los ejemplos del liderazgo particular de otras mujeres los que han contribuido a que las mujeres rurales jóvenes de estos tiempos soslayan los prejuicios que antes ataban a las mujeres casi de manera exclusiva al hogar como único medio de actuación.

Conclusiones

Este estudio ha permitido comprender que las mujeres rurales jóvenes de El Salvador muestran notables evoluciones en sus niveles de educación, aspiraciones y estrategias de participación en el desarrollo de sus territorios. Las restricciones más importantes se vinculan a la brecha geográfica entre lo rural y lo urbano que limita el acceso a servicios básicos como el agua potable, la electricidad y la vivienda, pero también la posibilidad de completar los ciclos de educación media y superior, así como el acceso a las tecnologías de la comunicación, de igual forma las opciones de ingreso y empleo en las zonas rurales aparecen como bastante limitadas. Todas estas cuestiones están vinculadas a los cambios económicos que expresan un menor peso de las actividades agrícolas en la dinámica productiva nacional, y al mismo tiempo revelan los vacíos de las políticas estatales para la población y los territorios rurales.

Hay un conjunto de brechas que se cierran y otras que aún no son superadas:

- Hay una tendencia a superar las diferencias urbano-rurales en cuestiones educativas, por lo menos en los niveles básicos, toda vez que en los segmentos más jóvenes no existe un contraste urbano-rural tan grande como en los segmentos de mayor edad.
- Una de las brechas importantes al interior del grupo de mujeres rurales son las determinadas por diferencias de edad. Las más jóvenes tienen oportunidades educativas con las que las mujeres rurales de mayor edad no cuentan o no han contado.
- Las brechas de edad suelen ser también más marcadas que las brechas de pobreza, pues las familias rurales presentan una moderada variabilidad con respecto a los niveles de pobreza, de modo que las brechas en el mundo rural no resultan tan dramáticas como las que se presentan entre áreas urbanas y rurales.
- Conforme desciende la edad de las mujeres rurales jóvenes, estas se asemejan más a sus coetáneas urbanas respecto a la condición conyugal, la edad del primer hijo, estudios básicos y estrategias productivas. Sin embargo, y aunque no sean trabajadoras agrícolas, las jóvenes rurales mantienen un vínculo con la tierra que no tienen las jóvenes de zona urbana.

Otros elementos del contexto rural del país nos permiten entender que hay un nuevo tipo de liderazgo femenino impulsado por las mujeres rurales jóvenes que conlleva consideraciones importantes para las políticas y los programas de desarrollo rural o territorial, así como para las políticas sectoriales.

- Las mujeres rurales jóvenes son clave para fortalecer los lazos comunitarios que afianzan la seguridad ciudadana, el arraigo y la identidad de los territorios, están más dispuestas a trabajar por cambiar las limitaciones de sus lugares de origen que a salir de estos en busca de mejorar sus condiciones de vida.
- Existen formas de liderazgo más explícito y público de las mujeres rurales jóvenes en ciertos territorios del país que las convierte en un motor de desarrollo y combate a la pobreza. El peso demográfico de las mujeres rurales es un elemento a considerar para

fortalecer este liderazgo si tenemos en cuenta que hablamos del 19 por ciento de la población rural, con una presencia en el 50 por ciento de los hogares rurales.

- El interés de las mujeres rurales en prácticas innovadoras en la agricultura, incluyendo la agricultura orgánica, puede propiciar cambios en la dieta familiar y en la seguridad alimentaria, y repercutir en el mejor manejo de los recursos naturales. Asimismo, el mayor nivel educativo les da un alto potencial para la divulgación de conocimientos en nuevas prácticas agrícolas.
- Se vuelve necesario avanzar hacia un equilibrio entre las acciones de política dirigidas a contrarrestar la vulnerabilidad aún existente y otras acciones orientadas a impulsar los avances de las mujeres rurales jóvenes en capital humano y social: programas productivos innovadores, programas de inserción laboral en diversas áreas de la gestión pública local o descentraliza-

da, alianzas con el sector empresarial, programas para completar la educación superior, entre otros.

En suma, es posible que la viabilidad de la vida rural dependa en gran medida de las mujeres rurales jóvenes en el cambiante mundo rural de El Salvador: son las que mantienen los vínculos con la tierra a través de los cultivos de patio existentes en más del 90 por ciento de los hogares rurales,¹¹ tienen mayor arraigo con el territorio y hay canales potenciales para extender su liderazgo gracias a las capacidades y habilidades alcanzadas, están logrando una nueva mirada de las relaciones familiares y ganan paulatinamente más espacios para la valoración de su autonomía personal. Todo esto las convierte en socias indispensables de cualquier programa de desarrollo que busque la innovación en las áreas rurales.

¹¹ Censo Agropecuario 2007/2008

Referencias

- Asensio, Raúl (2012). *Nuevas (y viejas) historias sobre las mujeres rurales jóvenes de América Latina*. Programa Nuevas Trenzas. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Asociación Demográfica Salvadoreña (2009). *Encuesta Nacional de Salud Familiar*. FESAL 2008. Informe resumido. El Salvador.
- Banco Mundial. Banco Mundial (2011). *Datos sobre migración y remesas*. Disponible en <<http://siteresources.worldbank.org/INTPROSPECTS/Resources/334934-1110315015165/Factbook2011Spanish.pdf>> (última consulta: 2/6/12).
- Cuéllar, Nelson, Susan Kandel, Andrew Davis, Oscar Díaz, Fausto Luna y Xenia Ortíz (2011). *Dinámicas territoriales en Centroamérica: contexto y desafíos para comunidades rurales*. San Salvador: Cuaderno PRISMA.
- DIGESTYC (2008). *VI Censo de Población y V de Vivienda 2007*. San Salvador: Dirección General de Estadísticas y Censos (DIGESTYC), Ministerio de Economía.
- DIGESTYC (2009). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2007*. San Salvador: Dirección General de Estadísticas y Censos (DIGESTYC), Ministerio de Economía.
- Gómez, Ileana y Rafael Cartagena (2010). *Dinámicas socio ambientales y productivas en la Zona Norte de El Salvador: la ribera norte del Humedal Cerrón Grande*. RIMISP, Programa Dinámicas Territoriales. Santiago.
- Gobierno de El Salvador (GOES) (2012). *El camino del cambio en El Salvador. Creando las bases de una sociedad democrática, incluyente y equitativa*. San Salvador.
- Herman Rosa (. 2008). *Perfiles y trayectorias del cambio económico en Centroamérica*. San Salvador: Fundación PRISMA.
- USG- GOES (2011). *Pacto para el Crecimiento de El Salvador. Análisis de Restricciones*.



PRISMA
PROGRAMA SALVADOREÑO DE INVESTIGACIÓN
SOBRE DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE

NUEVAS
TRENZAS

prisma@prisma.org.sv

www.prisma.org.sv

3a. Calle Poniente, No. 3760, Col. Escalón, San Salvador

Tels.: (503) 2298-6852, (503) 2298-6853, (503) 2224-3700 y Fax: (503) 2223-7209